

Soledad se llamaba.

Nació en una familia humilde como casi todas en aquellos días.

Su nacimiento no fue celebrado. Una boca mas que alimentar y hasta que no creciera no serían dos manos mas para trabajar.

Era morena, de piel y de pelo. Morena. Pelo rizado y larga melena. Ojos negros.

El vivo retrato de su padre.

Todos los niños lo pasaban mal en su infancia. No tenían nada. Tenían muy poco.

Los hijos de los jornaleros menos que poco. Nada. Las hijas menos aún.

Cuando cumplió 5 años empezó a saber lo dura que era la vida.

Después de unas lluvias torrenciales como no las había habido desde hace años, su hermano menor enfermó y como familia humilde y pobre que era, lo cuidaron en casa, sin poder pagar medicinas ni doctor. A los pocos días falleció.

Este hecho marcó su vida y quedó reflejado en la protección que ejerció primero sobre sus hijos y después sobre sus nietos. Solo ella sabía porque era así.

De niña no iba a la escuela. No iba a la escuela, aunque ella quería. Esos fueron los tiempos que le tocó vivir. Mucha gente sufrió esa desdicha, querer aprender y no poder hacerlo.

“La escuela no sirve para nada” le decían sus padres y hermanos.

“Hay que trabajar, eso es lo que nos da de comer” le repetían cada día al finalizar la jornada. De hecho, nadie de la familia sabía ni leer ni escribir. Eso nunca le gustó.

Cuando fue creciendo empezó a realizar algunas tareas en el campo. Y en la casa.

En el campo, a su temprana edad, tareas que no exigían mucho esfuerzo físico, cosa que era de agradecer. Sembraba, recogía algo de trigo, daba de comer a las gallinas, a los conejos. Se podría decir que incluso le gustaba lo que hacía.

En la casa, ayudaba a su madre a limpiar, a preparar la comida para sus padres y hermanos, lavaba la ropa ...

Nunca protestó, no se si porque era consciente de los tiempos que corrían en todo el país o por miedo a las represalias que podía sufrir.

Aunque sus padres la quería y nunca le hubieran puesto la mano encima, podían castigarla de muchas otras maneras.

Creció y se hizo todavía mas guapa. Morena. Pelos rizado y larga melena. Ojos negros.

El vivo retrato de su padre.

No le faltaron pretendientes.

Todos los hombres jóvenes que trabajaban en aquellas tierras se habían fijado en ella.

Todos menos el que le gustaba, el hijo del capataz. Ángel.

Aun viviendo una vida mas fácil era un joven trabajador, además de buen mozo, guapo, alto y luchador. Ojos color miel. Pelo castaño.

Ella pensaba que no se fijaba en ella porque era solo una labradora, una trabajadora más, una de tantas.

Cuando pasaba a su lado montado en su yegua, ella se tapaba las manos que ya a sus dieciocho años las tenía agrietadas como si nunca hubiera tenido otra vida. Agrietadas como la tierra que año tras año había tenido que labrar.

Pero se equivocaba del todo.

Un día, recogiendo el sembrado se cortó en una mano. Mano que ella nunca querría que

Ángel le viera. Sin embargo él desmonto su caballo, se acercó corriendo y cogió su mano. La abrió con una media sonrisa y limpió la herida. Tomó uno de los trapos que Soledad usaba para taparlas y lo utilizó a modo de venda.

“Siempre te cuidaré” le dijo el día que se casaron.

Los padres de ella no se opusieron. Los padres de él sí.

El dueño de la finca donde había trabajado desde niño, amigo de la familia, les regaló una pequeña propiedad en el campo.

La familia de Ángel no les obsequió con nada. La familia de Soledad les regaló su bendición.

Poco después de casarse, sólo unos días después, se mudaron a la pequeña casa.

Casa con huerto para ellos y cuadra techada para los animales.

Fueron días duros pero felices. Las preocupaciones de antaño no eran las mismas que ahora.

Mientras él sembraba, ella cuidaba la casa, mientras él recogía la cosecha, ella daba de comer a los animales.

Días duros pero felices.

Siempre ayudándose, complementándose, queriéndose.

Intentando ser felices.

Siendo felices.

Cuando ahorraron un poco, y parecía que la cosa iba bien, tuvieron su primer hijo. Juan.

Nada cambió entre ellos, todo seguía igual, bueno, mejor en algunos sentidos y con más temores en muchos otros.

Desde el momento en que le confirmaron que estaba embarazada, sabía que no quería para sus hijos la vida que a ella le había tocado vivir.

Nunca les diría que la escuela no sirve para nada, al contrario, en cuanto que pudieran les obligaría a ir. Juan llegaría a ser ingeniero, en gran parte al tesón de Soledad.

Aunque Ángel, le ayudaba en todo lo que podía, la vida en el campo era, es y será siempre muy dura. Ambos lo sabían desde pequeños. Ella por haberlo vivido y él mas por haberlo escuchado.

Ambos hacían sus quehaceres, pero por cosas de la vida, ella tenía ahora otra tarea, una que no tenía precio, cuidar a Juan.

La realidad de criar a un hijo y de cuidar una familia hizo que cuando Juan cumplió los tres años decidieran ampliar el huerto, la casa y comprar algunos animales.

Primero fueron gallinas, conejos y algunos cerdos.

Ya por esa época Soledad barajaba la idea de tener mas hijos y pronto quedó embarazada de Francisca. Su primera hija. Hija que extrañamente le recordaría a su propia hermana.

Como la quería Soledad cuando nació. Como la quería Ángel. Juan todavía no, estaba un poco celoso, cosa que no duraría muchos años.

Sería Francisca la que mas adelante, cuando empezó la educación secundaria - sería una de las primeras niñas en asistir a la escuela de secundaria del pueblo- enseñó a su madre a leer y escribir tal como ella le pidió. Tal como ella siempre había querido.

Nunca se conformó con su pobre educación, siempre quiso aprender más.

Juan y Francisca ayudaron a plantar el limonero del patio interior de la casa. Limonero en el que tanto jugaron y del que todos los días cogían alguno de sus limones para preparar algo en la cocina.

Compraron un perro. Además de cuidar la casa y el campo del pillaje esos años, hacía compañía a toda la familia formada ya por cuatro personas, bueno por dos personas y dos personitas.

Los días pasaban. Muchos muy felices. Otros menos.

Todos colaboraban en el trabajo. Lógicamente los niños casi como un juego cuando no asistían a la escuela, y Soledad y Ángel como si la vida les fuera en ello. Bueno, realmente les iba. De su trabajo diario dependía el tener una vida cómoda para ellos dos y sus hijos o casi no vivir.

Como la mayoría de los trabajadores de esos años, no existía otra cosa que la faena, el hogar y la familia, nada de televisión, lujos o vacaciones. No sabemos lo que tenemos.

Años después nacieron sus otros dos hijos Ángel y Carmen. Se completó la familia.

La cosa iba bien. Ángel tenía algunos nuevos negocios y propiedades, los hijos mayores iban a la escuela mientras los mas pequeños se quedaban en casa, jugando en el huerto o con los animales.

La cosa les iba bien hasta que decidieron hacer aquella inversión.

Una mañana después de desayunar y apunto de darle el suyo el a su hija Carmen, Soledad pensó, ¿y porqué no tener algunas vacas? Son caras, pero también muy rentables.

Se lo comentó a su marido y a éste le pareció una gran idea.

Maldita la mala suerte.

Vendieron los animales que tenían, todos los cerdos, algunos conejos y casi todas las gallinas y compraron 50 vacas y 10 maquinas para ordeñarlas. Invirtieron todo lo que tenían.

Utilizaban las máquinas alternando entre unas y otras . Utilizaban sus manos en las que no podían usar las maquinas.

Pasaban todo el día dedicados a sus animales, el huerto lo dejaron de lado.

Como disfrutaban los niños. Jugaban, corrían, reían.

Como trabajaban sus padres.

Con el dinero que ganaron, además de alimentar a la familia, mantener la granja y cuidar a los animales, consiguieron ahorrar lo suficiente para comprar una casa en la capital. Capital con mar.

Ellos seguirían viviendo por ahora en el campo y dicha casa la tendrían alquilada.

Su vida era su familia, su granja y sus animales. Nada más. Nada menos.

Pasaron algunos años de plena satisfacción y plena felicidad.

Los hijos varones fueron a la universidad y terminaron sus estudios.

Las hijas solo fueron a la escuela de secundaria y ayudaron en la casa. Mucho mas de lo que era norma general en aquellos años.

Primero murieron los conejos, poco mas tarde las gallinas, y después enfermaron las vacas.

Ya por aquellos días, la salud de Ángel no era buena y las preocupaciones lo llevaron a empeorar. En esta época de desasosiego, Soledad se encargaba con la ayuda de sus dos hijas de todo, de la granja, de los animales y de su padre y marido.

Las facturas del médico, las medicinas de Ángel, las curas de los animales y los pagos al veterinario les llevaron a una situación económica complicada.

Sólo le quedaban las vacas sanas y el alquiler de la casa de la capital. Capital con mar.

Ángel seguía empeorando, y llegó la catastrofe, aquella extraña enfermedad terminó por atacar a todos los animales que seguían con vida, que le servían para sustentarse. Al principio la leche que daban no era de buena calidad, después, las crías nacían con malformaciones y terminaban muriendo, al final no quedó ninguna.

La ruina.

Con una pena que nunca habían sentido, con Ángel muy delicado de salud, con los hijos varones lejos de la ciudad y con las hijas ya viviendo con sus parejas, vendieron la granja y se mudaron a la casa de la capital. Capital con mar.

Durante algunos meses parecía que el cambio de aires le había sentado bien a Ángel y que había mejorado, pero tanto él como Soledad tenían destrozado el corazón por todo lo que había pasado, y él ya lo tenía delicado.

Tuvieron que llevárselo al hospital. La alegría de otros años se había vuelto en la amargura mas grande, habían perdido todo lo que trabajaron en su vida, todo por la maldita mala suerte.

Ángel no pudo soportarlo mucho tiempo y una mañana no despertó.

Días de luto. El luto mas oscuro.

Aunque Soledad había crecido en el campo y su carácter era fuerte, y mas que fuerte, duro, su vida no fue lo mismo desde entonces.

Dicen que la sal seca la tierra, las plantas, todo lo que nace en ella, eso dicen que le pasó a Soledad. Sus raíces que tanto habían crecido en su tierra, en su huerto, con sus animales, con su familia, se estaban quedando sin fuerza.

Esta tierra no era la suya y sabía que pronto la abandonaría, tenía esa intuición.

Un día de mayo reunió a toda su familia. Sus hijos, sus nietos. Los reunió y con una sonrisa de tranquilidad se despidió de ellos. Había conseguido lo que siempre quiso para sus hijos y lo veía también en sus nietos.

El 23 de septiembre de ese mismo año, Soledad nos dejó y se reunió con Ángel.

Su familia cumplió lo que ella les pidió en su última voluntad.

Sus restos descansarían para siempre en el lugar donde ella fue más feliz, donde vivió sus mejores días junto a su marido y sus hijos. Su hogar

Todo lo que allí creciera sería parte de ella, y ella sería parte de todo.

Soledad contaba con 83 años, viuda de Ángel, madre de Francisca, Carmen, Juan y Ángel, como su marido, el hombre que siempre quiso.